



# Edificio espiritual

Un sermón de George Müller de Bristol

*Un sermón predicado en la Capilla Bautista de Philip Street, Bedminster, Bristol, el domingo 12 de noviembre de 1893 por la mañana por el Sr. George Müller.*

“Pero vosotros, amados, edificaos sobre vuestra santísima fe” – Epístola de Judas, versículo 20.

Al leer esta breve epístola de Judas, aprendemos que mientras uno u otro de los apóstoles vivía, un gran alejamiento de la verdad y la conformidad con la mente de Cristo ha habido comenzado en la Iglesia de Dios, y por lo tanto desde entonces, más o menos, ha sido así; sí, y en ciertos momentos se ha encontrado una terrible oscuridad y una gran desviación de la verdad y la piedad en la Iglesia de Dios, pero, por otro lado, también ha habido en los días más oscuros algunos verdaderamente piadosos que se han aferrado a la verdad como es en Jesús, y buscando seguir los pasos de su divino Maestro. Ahora, amados en Cristo, nuestro santo y piadoso objetivo y propósito debe ser este, y nuestra ferviente oración a Dios para que seamos fortalecidos para esto; que pertenecemos a la pequeña compañía que mantiene firmes las verdades de un Salvador crucificado, resucitado y ascendido, y que busquemos cada vez más tener una mente como Cristo, muertos a todo lo que es pecaminoso y aborrecible para Dios en el mundo, y vivo a todo lo que le agrada y es placentero conforma a su mente.

Nuestro texto nos muestra cómo debe ser con nosotros: “Pero vosotros, amados, edificaos sobre vuestra santísima fe”. Es sobre estas palabras sobre las que deseo hablar en particular esta mañana. Todos estamos familiarizados con la metáfora utilizada aquí. Se toma de la construcción de un edificio. De acuerdo con el tamaño del edificio, si es grande y alto, se colocan los cimientos – los cimientos profundos y anchos, en consonancia con el tamaño y la altura del edificio.

Ahora todos sabemos lo que esto significa. El apóstol Pablo nos dice claramente que no se puede poner otro fundamento que no sea Jesucristo. ¿Qué significa esto? Que no podemos salvarnos a nosotros mismos, que nuestros semejante no pueden salvarnos, que nadie sino el Señor Jesús nos salva y puede salvarnos. Entonces, ¿cómo se produce esto? Tenemos que reconocer ante Dios que somos pecadores y que no merecemos nada más que el castigo. Tenemos que confesar esto abiertamente ante Dios, y luego poner toda nuestra confianza en el Señor Jesucristo para la salvación de nuestras almas, es decir, confiando solo en la justicia que Él obró por los pobres pecadores al cumplir en su lugar la ley de Dios, que habíamos quebrantado innumerables veces, con nuestras obras, nuestras palabras y nuestros pensamientos, y poner toda nuestra confianza en su perfecta obediencia hasta la muerte, la muerte de la cruz, porque cuando ese Bendito colgó de la cruz, cuando derramó su sangre, fue para la remisión de nuestros pecados. Mientras colgaba de la cruz, hizo expiación por cada una de nuestras acciones pecaminosas, palabras impías, pensamientos, deseos, propósitos e inclinaciones impíos y, por lo tanto, la

ira de Dios, la santidad de Dios y la justicia de Dios fueron satisfechas. Cuando cumplió la ley y estuvo en nuestro lugar, satisfizo la santidad de Dios. Cuando soportó el castigo mientras colgaba de la cruz en nuestro lugar, satisfizo la justicia de Dios, y todo pobre pecador que confíe solo en Él para la salvación del alma será perdonado. Antes de ir a nuestra segunda parte del tema, os pregunto a todos mis amados amigos aquí presentes: “¿Alguna vez se han convencido de que son pecadores que necesitan un salvador?”. Si no es así, pídele a Dios que tenga misericordia de ti y que le muestre esto. Cuando estás convencido de que eres pecador, ¿lo has confesado ante Dios? ¿Os habéis humillado delante de Dios? ¿Os habéis condenado a vosotros mismos ante Dios? Si no es así, pídele a Dios que te ayude a hacerlo, Pero todo esto, si bien está comenzando de la manera correcta, no es todo.

El gran punto es poner nuestra única confianza en Jesucristo para la salvación, porque no podemos hacer nada en absoluto en el asunto de nuestra salvación; el bendito Señor Jesús lo hizo todo. Él terminó la obra por los pobres pecadores, culpables y merecedores del infierno como yo y todos vosotros. El Señor Jesús cumplió la ley de Dios y cargó con el castigo que la ley exige que se inflija a causa de la transgresión. O debemos soportar el castigo nosotros mismos, o debemos obtener un sustituto. El bendito Señor Jesús se entregó voluntariamente para ser nuestro sustituto, y si tú pones tu confianza solo en Él para la salvación, Dios lo considera como si hubieras cumplido la ley. Esta es la justicia obrada por el Señor Jesús, en nuestro lugar, para el más grande, el más viejo y el más vil de los pecadores, porque si pones tu confianza en Él, tienes al sustituto quien, en tu lugar, llevó el castigo por ti. ¡Qué bendición tener un amigo en Jesús! ¿Disfrutas del conocimiento de la dulzura de esta felicidad? Sin él, no hay paz duradera. El conocimiento del perdón de los pecados se obtiene mientras estamos en el cuerpo. No debemos esperar hasta que el cuerpo haya terminado. Podemos tenerlo mientras estamos vivos. Debemos buscarlo fervientemente mientras vivimos. He disfrutado durante sesenta y ocho años del conocimiento del perdón de mis pecados y, por la gracia de Dios, no he tenido ni un minuto de duda sobre si mis pecados son perdonados o no; aunque soy un pecador desdichado e indefenso, todos mis pecados son perdonados, y lo que Dios ha hecho por mí, un pecador culpable y merecedor del infierno, está dispuesto a hacer con todo el que lo busque a la manera señalada por Dios. Por lo tanto, reconociendo que somos pecadores y confiando en el Señor Jesucristo para la salvación, todo el que lo ha hecho tiene el fundamento correcto.

Todos sabéis que si se construye una casa, el que la construye no se limita a poner los cimientos, sino que sigue la superestructura, y añade piedra a piedra, y luego una pieza de madera a otra. Así es en la vida divina. Es correcto sentar las bases adecuadas, pero esto no es todo. Casi todas las personas, después de convertirse, se quedan aquí por una temporada. Comparativamente pocos están en la posición del ladrón moribundo; no había nada en él más que confianza en el Señor Jesús. Ese fue el fundamento puesto, y el Señor Jesús dijo: “Hoy estarás conmigo en el paraíso”. Pero casi todas las personas, cuando son llevadas al conocimiento de Jesucristo, quedan en el mundo con el propósito de llegar a conocerlo mejor y que puedan ver más de la vanidad de este mundo y la realidad de las cosas celestiales; y especialmente para que den fruto para la honra y la gloria de Dios, para que manifiesten la mente de Cristo, para que busquen ganar almas para Cristo y hagan su parte para ayudar al pueblo de Dios tanto en las cosas espirituales como en las temporales.

Por estas razones, al quedarnos aquí en el mundo, tenemos que buscar progresar en la vida divina y, como lo expresa el texto, “edificarse sobre la santísima fe”.

Antes de pasar a esta segunda parte de nuestro tema, hago una observación. Notad que os estáis “construyendo a vosotros mismos”. Naturalmente deberíamos esperar que se dijera: “Deja que tus pastores te edifiquen; deja que tus ancianos, deja que los diáconos, deja que los cristianos ancianos y experimentados os edifiquen en vuestra santísima fe”.

“Edificaos”. La responsabilidad recae sobre cada creyente en el Señor Jesucristo, de que haga su parte para progresar en la vida divina.

Ahora, la gran pregunta que tenemos ante nosotros es: “¿Cómo se puede hacer esto? ¿Cómo podemos edificarnos sobre nuestra santísima fe?”. De todas las Escrituras, la respuesta más bendita y preciosa a esta pregunta la encontramos en 2ª Pedro 1, a la que ahora volveremos. “Simón Pedro, siervo y apóstol de Jesucristo, a los que han obtenido una fe igualmente preciosa que la nuestra mediante la justicia de Dios y nuestro Salvador Jesucristo”. Notad aquí, los apóstoles y cada creyente tenían el mismo tipo de fe. Los apóstoles no tenían un tipo de fe y los otros creyentes otro tipo de fe.

En el quinto versículo leemos: “Y además de esto, con toda diligencia, añadid a vuestra fe, virtud; y a la virtud, conocimiento”, etc. Luego, aquí tenemos el catálogo de lo que tenemos que hacer en los siguientes versículos: edificarnos en nuestra santísima fe. Si tenemos confianza en Jesucristo, fe en Él, el fundamento está puesto. Ahora, el siguiente punto al que tenemos que mirar, y al que tenemos que “dar toda la diligencia”, no de manera perezosa, sino con “toda la diligencia”, es agregar a la fe, virtud.

¿Qué debemos entender por esto? El capítulo 4 de Filipenses, versículo 8, nos da la respuesta. “Finalmente, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay alguna virtud, y si hay alguna cosa digna de alabanza, pensad en esto”.

Aquí vemos lo que es lo primero para cualquier hijo de Dios, para cualquier persona traída a Jesús, donde se ha puesto el fundamento correcto con respecto a la salvación del alma, para que pueda edificarse a sí mismo lo máximo posible en su santa fe, para apuntar a todo lo que es hermoso, brillante y agradable a los ojos de Dios, lo cual implica que evitemos todo lo que es contrario a la mente de Dios - “si hay alguna virtud, si hay algo digno de alabanza, pensad en esto”. Ahora, como somos débiles en nosotros mismos, nos conviene invocar a Dios para que nos ayude a lograrlo. A nuestra “virtud” debemos buscar agregar “conocimiento”. El conocimiento al que se hace referencia aquí no es el conocimiento de las cosas y los asuntos de esta vida. No desprecio el conocimiento acerca de las cosas ordinarias de esta vida, en referencia a la ciencia o los lenguajes, que pueden ser provechosos para esta vida, útiles y apropiados. Si bien lo permito, no es el tipo de conocimiento al que se hace referencia aquí, sino el conocimiento espiritual, el conocimiento del Señor Jesús, el conocimiento de la vanidad de este mundo y de la realidad de las cosas celestiales; el conocimiento que Dios nos ha dado en la Revelación que se ha complacido en hacer de sí mismo en las Sagradas Escrituras. Significa leer cuidadosamente las Escrituras, leer diligentemente las Escrituras, con oración y meditar

en la Palabra de Dios. Ahora dejadme preguntaros, mis amados hermanos y hermanas en Cristo, ¿es este vuestro hábito? ¿Lees las Escrituras habitualmente? Existe un gran peligro, debido a la multiplicidad de asuntos, de que descuidemos la Palabra de Dios. Existe una gran tentación, no sea que por la multiplicidad de libros que se publican año tras año en la imprenta, descuidemos las Sagradas Escrituras.

¿Cuál será el resultado de esto? Nos lastimaremos espiritualmente, no progresaremos en la vida divina si no nos entregamos cuidadosamente, habitualmente, diligentemente y con meditación a la lectura de las Sagradas Escrituras. Son estos medios los que Dios ha utilizado especialmente, y utiliza, para el avance en la vida divina. Ahora, mientras los amo, mis amados amigos en Cristo, y como vine aquí con el propósito de dejar una bendición atrás, con la bendición de Dios, os pregunto cariñosamente a vosotros si sois amantes de la Palabra de Dios. Pregúntate en la presencia de Dios: “¿Soy un amante de la Palabra de Dios?”.

Durante los primeros veinte años de mi vida no fui un amante de la Palabra de Dios. Descuidé la Palabra de Dios. Desde que tenía catorce años y medio hasta los veinte años y cinco semanas, nunca leí la Palabra de Dios. Entonces le agradó a Dios mostrarme que era un pecador y necesitaba un Salvador, y vi cómo poner mi confianza en el Señor Jesús para la salvación. Luego me dediqué a leer la Palabra de Dios, y la leí todos los días. No puedo decir que fuera un verdadero amante de la Palabra de Dios, pero en julio de 1829, cuatro años después de mi conversión, me transformé en un amante de la Palabra de Dios, y es un gran deleite para mí tener la Palabra de Dios. No puedo decirles la bendición que es para mi alma. Bendecido como he sido durante cincuenta y ocho años con el trabajo, mi costumbre es ante todo tener una buena comida para mi alma. Acudo a la Palabra de Dios, la leo, oro a través de ella, la medito y la aplico a mí mismo. ¿Cómo te consuela esto? ¿Cómo te exhorta? ¿Cómo te advierte? ¿Cómo te reprende? Así leo las Escrituras y obtengo una bendición para mi alma, y luego me pongo a trabajar con todas mis fuerzas, con fervor, pero no voy a mi trabajo hasta que primero tengo una buena comida para mi alma. ¿Y cuál ha sido la consecuencia? Soy un hombre sano, día tras día, semana tras semana, mes tras mes, año tras año. Ahora he entrado en mis ochenta y nueve años. No soy frío, aburrido y sin vida espiritualmente; soy un hombre sano espiritualmente, y el gran instrumento que ha sido usado por Dios para esto es la Palabra de Dios, que leo con deleite y gozo, y quisiera que mis amados hermanos y hermanas en Cristo hicieran lo mismo. Ellos encontrarían la salud que he tenido, y la felicidad continua que he tenido, año tras año, y que hasta ahora he tenido durante sesenta y ocho años. No hay nada que te impida ser un feliz hijo de Dios cuando lees la Palabra de Dios con atención, de manera habitual y con diligencia. Ahora, después de haber agregado conocimiento a la virtud, se dice, “y al conocimiento añadimos dominio propio”. Esto no significa simplemente evitar comer y beber en exceso; todo esto está implícito; sino que significa más que esto. Significa autocontrol, es decir, buscar mantener cada vez más bajo todas nuestras malas tendencias naturales, como la pasión, la envidia, el orgullo, el amor al dinero, el amor a la vestimenta, el amor a los placeres y diversiones mundanos, la ociosidad, y apuntar a todo aquello que glorifica a Dios. Oh, amados en Cristo, ¿estamos haciendo esto? ¿Estamos tratando de actuar cada vez más de acuerdo con esto: que tengamos autocontrol sobre nuestras tendencias naturales? En nosotros mismos somos una perfecta debilidad; no podemos hacerlo, pero podemos clamar a Dios para que nos ayude y nos fortalezca para reprimir

más y más estas tendencias naturales, porque si las permitimos, será una piedra de tropiezo para los inconversos. Si buscamos mantener el dominio propio, no solo glorificamos a Dios, sino que también fortalecemos a los hijos de Dios y quitamos los tropiezos.

Luego, a la templanza, debemos agregar la paciencia, esa gracia por la cual mansamente, sumisamente, sin inquietarnos, quejarnos y mucho menos murmurar, soportamos las aflicciones de la vida. Uno dice: “Soy naturalmente impaciente y no puedo evitarlo”. Esto es un error, hermano y hermana. Si eres probado, inmediatamente clama a Dios. Él te capacitará para sostenerte bajo tu impaciencia.

El mundo está mirando y por tu impaciencia estás deshonrando y debilitando las manos de tus hermanos y hermanas en Cristo, mientras que, del otro modo, estás glorificando a Dios al soportar las pruebas y aflicciones de la vida. “Todas” estas “cosas obran juntas para bien”, y de todas estas dificultades y pruebas Dios traerá bendiciones a tu alma. Con tu impaciencia estás deshonrando a Dios, y al soportar pacientemente las pruebas de la vida estás glorificando a Dios.

Entonces a la paciencia debemos buscar añadir piedad. Piedad – esa es la gracia por la cual hacemos lo que hacemos para la honra de Dios, ante los ojos de Dios, buscando a Dios para ayuda y fortaleza, para que, cada vez más estemos en este estado del corazón. “Ya sea que comamos o bebamos, hagámoslo todo para la gloria de Dios”. Si tenemos un bocado de carne o un trago de agua, lo hacemos para la gloria de Dios. ¡Ah! Esta gracia. ¡Oh, por esta gracia! Es la clase de gracia que tuvo el Bendito, quien la tuvo como Su comida y bebida, para hacer todo para la gloria de Su Padre. Aunque no nos comparamos con Cristo, como si fuésemos en cualquier cosa como Él, sin embargo, lo que Dios hizo por Él, está dispuesto a hacerlo por nosotros. Él está dispuesto a “fortalecernos con poder, por Su Espíritu en el hombre interior”.

Luego a la piedad debemos agregar el amor fraternal – el amor de los hermanos, de los hijos de Dios, no porque sean nuestros parientes, no amarlos porque están en la misma posición en la vida, no amarlos porque son de nuestra misma educación, no porque sean de la misma iglesia a la que pertenecemos, sino amarlos porque son creyentes en el Señor Jesucristo. Cuanto más hacemos esto, más glorificamos a Dios. Todos los creyentes en Cristo deben amarse unos a otros. No hay distinción entre ricos y pobres, eruditos y analfabetos, ya sea que pertenezcan a la misma iglesia o a otra; debemos amarnos unos a otros porque pertenecemos a Cristo. ¿Es esto a lo que apuntamos, mis queridos amigos? Esta es la razón por la que vine aquí. Amo a los amados hermanos y hermanas de la Capilla Bautista de Philip Street. Amo a todos los que aman al Señor Jesucristo, y durante diecisiete años, en los que casi siempre estuve viajando por toda Europa repetidamente, y en China y Japón, y en las seis colonias de Australia – dondequiera que fui, prediqué en la Iglesia de Inglaterra, entre los congregacionalistas, entre los bautistas, entre los metodistas, entre todas las denominaciones, y prediqué siempre que amaran al Señor Jesucristo. No predicaría en las capillas socinianas, no sea que se suponga que no me importa la divinidad del Señor Jesucristo. No predicaría en las iglesias y capillas católicas romanas, no sea que se suponga que soy un admirador del Papa. Dondequiera que se pusiera el fundamento de nuestra “santísima fe”, allí predicaba.

Ahora, amados hermanos, apuntemos cada vez más a esto: que amemos a todos los que aman a nuestro Señor Jesucristo.

Entonces, a este amor fraternal debemos agregar amor. Amar a los que no nos aman, amar a lo que no son creyentes en el Señor Jesucristo, y a nuestros mismos enemigos, porque cuanto más tenemos de este amor, más tenemos de Dios, pues se dice expresamente que “el amor es de Dios”, y cuanto más nos parecemos a Dios, más amamos.

¿Cuál será el resultado de todo esto? Lo vemos en los siguientes dos versículos. “Porque si estas cosas están en vosotros, y abundan, harán que no seáis estériles ni sin fruto en el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo. Pero el que carece de estas cosas es ciego y no puede ver de lejos, y se ha olvidado de que fue purificado de sus antiguos pecados”.

Nadie será un holgazán en la Iglesia de Dios que pretenda edificarse así sobre su santísima fe. Él se preocupará de ganar almas para Cristo de una manera u otra, ni será “infructuoso en el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo”. Vivirá para el honor y la gloria de Dios. “El que carece de estas cosas, es ciego”. La oscuridad espiritual de la vista es el resultado de esto, si no buscamos “edificarnos sobre nuestra santísima fe”.

Una y otra vez en nuestros días, cuando las personas se encuentran en dificultades espirituales, no saben cómo actuar porque han estado muy poco familiarizados con Dios y sus caminos. “No se edifican a sí mismos”. Debemos saber actuar en las dificultades, y este será el caso si buscamos edificarnos; y si no sabemos cómo actuar en las dificultades, el remedio es apuntar a esto: que nos edifiquemos a nosotros mismos. Y otra bendición que necesitamos continuamente en nuestros días: la gente no sabe si sus pecados son perdonados o no. ¿Cómo es esto, si son creyentes en Cristo? Porque no se edifican en su santísima fe. No saben cómo están ante Dios y que sus pecados están perdonados. “Por tanto, hermanos, más bien procurad hacer firme vuestra vocación y elección”. Aquí hay otra bendición: el resultado de edificarnos sobre nuestra santísima fe. Sabemos que hemos sido llamados fuera del mundo, que estamos en el camino al cielo, y cuando esta vida termine, entraremos a la vida eterna. Este es el resultado de la edificación de nosotros mismos. Y resultará otra bendición. Por lo tanto, estamos “protegidos de caer”, es decir, una persona que busca edificarse sobre su santísima fe no traerá deshonra sobre el nombre del Señor. Él no será encontrado borracho, no se fugará con grandes sumas de dinero en el bolsillo. Ninguna de estas cosas ocurre por parte de los que profesan ser discípulos del Señor Jesucristo y se edifican sobre su santísima fe.

Y una bendición más en el siguiente versículo. “Porque de esta manera se os dará abundantemente entrada al reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo”. Deberíamos desear entrar en el puerto como un barco, a toda vela, entra en el puerto. ¿Piensas en esto?

Ha sido miles de veces mi oración que mis últimos días sean los mejores y que pueda, como un barco a toda vela, entrar en el puerto. Oh, mis amados hermanos y hermanas en Cristo, ¿no debería ser éste todavía el objetivo de todos vosotros? Pídele a Dios que te lleve a este estado mental, que tú, en el resto de tu vida, glorifiques y ames a

Dios, y que al fin, como un barco a toda vela, puedas entrar en el puerto del amor y la bienaventuranza eternos. ¡Que Dios lo conceda, por el amor de Cristo!

---

[www.george-muller.es](http://www.george-muller.es)

Este sermón se trata de una traducción realizada por [www.george-muller.es](http://www.george-muller.es) del documento original proporcionado por The George Muller Charitable Trust, fundación que sigue el trabajo comenzado por George Müller y que actualmente trabajan en Bristol, concretamente en Ashley Down Road, y que se dedica a promover la educación, el cristianismo evangélico y ayudar a los necesitados. Para más información, puedes visitar su web [www.mullers.org](http://www.mullers.org)